

# PAGINA LIBRE

POR ENRIQUE NOGUERA

Panfleto moralizador que aparece cuando es necesario. Se hace crítica sana y elevada. No se aceptan consejos ni desafíos

AÑO I

MONTEVIDEO 1º DE MAYO DE 1919

Núm. 1

## SOCIALISMO Y MAXIMALISMO

Resurgimiento del problema colectivo — La rebelión de Europa desligada de América Latina

Frescos aún los recuerdos de una catástrofe bárbara, donde se jugó la olimpiada de la muerte a expensas de prejuicios de razas, de celos incontenidos y de ambiciones absurdas; no pasado todavía el gesto de estupor a que se vió obligada la humanidad consciente, ante el derrumbe del derecho y la profanación de leyes inviolables, surge en tanto, *caso como* consecuencia lógica de un estado de cosas imposibles, la masa revolucionaria de los pueblos oprimidos y cansados, locos y hambrrientos, para juntar el todo por el todo, en aras de un ideal legítimo, que busca la paz del alma en holocausto a la vida.

El antiguo pleito de clases, tiene en la actualidad todos los caracteres de una formidable pesadilla.

La tan pregonizada revolución social se ha hecho factible, encajándose en los moldes degobiernos anormales y arbitrarios, formados de la nada, como vampiros terroristas que surgen de entre las sombras de una noche densa y nebulosa.

La cerviz avassallada del obrero se elevó con gesto altivo, haría ya de ocurrente el embrión de sus justos ideales; la bizarra soldadesca, otra vez mansa y obediente como tranquilo rebaño, puso el servicio de sus armas patrióticas a favor de la causa común de los humildes, y el pacto realizóse. La tormenta estalló con bramidos de fiere libertad, y el fulgor del rayo, la ira del trueno y el azote del viento, formaron de impetuoso el templo de una nueva y salvaje trinidad.

La importancia y transcendencia de este difícil problema que se le ha planteado al Universo, con sobrada razón hubo de repercutir en nuestra América.

La misma juventud de nuestras repúblicas ha dado al asunto toda la idealidad posible. Los gérmenes del movimiento europeo, han hallado siempre fácil procreación en nuestras tierras, cuya savia vigorizante y nutritiva hace florecer milagrosamente las semillas echadas en el surco.

Y de aquí deriva, con lógica razón, una nueva faz del libre pensamiento Americano.

La doctrina socialista, arraigada y definida, simpática como ninguna y natural como el sol, ha sabido iluminar a fuego el alma de las multitudes de nuestro continente, para formar una interminable legión de abanderados, que hacen ondular con vehemencia, en la diafanidad del cielo colombino, la tela venerada de sus gloriosas insignias.

Pero he aquí, como de súbito las legiones socialistas se extraviaron. Hermanas en dolor y en ansiedades de las grandes legiones europeas, se hacen partícipes de la rebelión airada que cunde allende el océano, y por instinto y afinidad, irreflexivamente, no solo se brinda una adhesión precipitada, sino que hasta cierto punto se intenta la realización de aquel ejemplo extranjero. Y eso es un grave error. Ac-

itud equivocada que podría resultar de fatales consecuencias.

Claro está que la causa madre de esa determinada inclinación espontánea, depende en gran parte del contingente cosmopolita, que ha llegado a estos centros productivos, trayendo inoculado en sus músculos el virus corrosivo de una herencia de opresiones, mantenida al travez de los siglos a fuerza de lancetazos humillantes.

Pero en nuestra América Latina no tiene motivo de existir el credo «maximalista». Nuestros pueblos ocupados en cuestiones de índole social, si no consiguen todo lo que anhelan, por de pronto disfrutan de lo mucho que han logrado, sobre todo en leyes de carácter inminentemente democrático, a cuyo amparo el trabajo es tolerable, y la obligación no humilla.

Por otro lado la misma normalidad polífica que mantiene su exquisito tacto para librarse de traiciones internacionales e intervenciones guerreras, da cierta conciencia siempre muy grata, a la vida nacional, en cuyo consorcio el obrero de talento y acción se abre camino propio, y el acusadillo burgués concluye por declararse individualmente socialista.

Nadie puede negar esta gran verdad de nuestro ambiente, como nadie podrá decir nada en desfavor de la generalidad de procederes de los gobernantes de estos pueblos-nuevos, salvo excepciones desagradables próximas a desaparecer, como por ejemplo el abuso de que son víctimas los yerbareros paraguayos, los mineros brasileños y los agricultores chilenos y argentinos, como así mismo los de nuestro interior y litoral, que se desvelan por las riquezas de nuestras fértiles capiñas, en pago de un miserable trozo de tajajo y un jornal vergonzoso.

Quiere decir esto, que el socialismo debe continuar triunfante, hasta poder realizar su grande obra regeneradora, y quiere decir también, que los preceptos del credo «maximalista» son completamente ajenos a nuestros modos de ser y de vivir.

El «maximalismo» se ha manifestado en las naciones donde forzadamente debía manifestarse.

Se ha manifestado en Rusia, la nación mártir y agobiada por el despótico dominio de una oligarquía tenaciosa y humillante.

Se desparómo por Alemania, donde la tiranía de un imperio nefasto extangulaba desdenosamente la dignidad democrática.

Se internó en Austria Hungría, donde la justicia era un mito y el derecho una fábula, escondidas ambas virtudes entre los pliegues del docel de un trono.

Y ese mismo furor de «máxima» pretensión popular, cundirá por Italia, por Inglaterra y España y otros reinos, porque siendo pueblos fuertes y encumbrados, se negarán a resistir la falsa diafanidad de las viejas co-

ronas de sus reyes, ya de suyo relegadas al recuerdo de la historia, como símbolos excéntricos de una equivocación del Pasado.

La vida feliz de las colectividades, depende del acierto de sus fuerzas directrices, llevadas a la dignidad de un rango autoritario, por la voluntaria falange que ha de ser gobernada.

Pero los pueblos que viven humillados a la diafanidad prepotencia de imperios seculares y rancias monarquías, forzosamente deben irrumpir, frenéticos y audaces, para conquistar en favor de sus derechos, la igualdad que se les niega y el respeto que merecen.

Los intrépidos latinos del habla liguiana, dieron el ejemplo; marcaron el rumbo; señalaron la huella propietaria por donde deben seguir hacia el destino las azules noblezas, derrotando el poder del emperador don Pedro para orgullo de América, y estirando la dinastía del rey don Manuel, para ejemplo de Europa.

La punta del triunfo estriba en la decisión. No quiero decir con esto que apruebe o desapruebe la actitud asumida por los famosos «sovietes», puesto que para tratar tan intrincado asunto, fuera necesario ir por partes, detenidamente, y en capítulo especial.

Lo único que pretendo con el presente artículo, es señalar la diferencia que existe entre el socialismo, lógico para América, y el «maximalismo», exclusivo para Europa.

El socialismo nos pertenece a los Latino-Americanos, desde luego que faltan aun leyes necesarias para el mayor bienestar del obrero y de la clase media. Nos es preciso el socialismo, porque es él la escuela ciudadana donde se educan los humildes donde se reconocen los fuertes; donde se templan los débiles; donde se robustecen las conciencias y donde el pensamiento se limpia.

Y hago estas afirmaciones de manera categorica, con la salvedad importante de que yo no soy afiliado al partido socialista; sinó tan sólo un ferviente admirador de sus cláusulas puestas, apreciadas de común acuerdo con mi eclecticismo individual.

Habiendo declarado, pues, las causas por las cuales nos pertenece el socialismo a los Americanos, conviene agregar que el «maximalismo» les pertenece a los europeos, porque es él la nueva doctrina evolutiva de los valores morales de la democracia; porque de su confusión atrabiliarria, pejama y detestable para la edad presente, surge al menos el gesto simpatético de los principios naturales que pertenecen al hombre; porque después de normalizada la lucha, cuando se fungen establecidos gobiernos republicanos, en naciones que fueron dominio de personajes infuables y de bochornosos caprichos divinizados, se ha de hacer buena política, sobre todo de paz, por el sólo hecho del temor que

se tendrá a los pueblos gobernados.

Alguien preguntará por qué ha establecido el «maximalismo» en naciones como Alemania, donde el partido socialista había hecho progresos colosales. Precisamente por eso; por haber llegado a un límite el perfeccionamiento de la masa socialista, sin conseguir no obstante la libertad de independizarse de la tutela imperial. Ese motivo enorme, unido al estrago de una guerra prolongada y terrible, ha sido la causa lógica de aquél insidioso movimiento de subversión.

La misma Francia y Portugal también, no podrán evitar el intento temible del avance del «maximalismo», por causa de la proximidad con los centros revolucionarios, y por motivo de esa especie de locura que experimentan los pueblos después de las grandes catástrofes guerreras, cuando al pasar balance sobre el resultado neto, que proporcionó el esfuerzo, sobreponen coléricamente el despecho que les causa la ruina personal ante la desolación de sus hogares, ciegos y ensordecidos al prudente llamado de templanza.

Pero ni en nuestra América ni en el Norte, arraigarán la peligrosa raíz del «maximalismo» transoceánico.

Tampoco en la América del Norte, porque la intervención guerrera de sus pueblos, aunque ha sido eficaz y activa, por la brevedad del plazo en que le tocó terciar, y por la misma grandeza y potencialidad económica de sus recursos propios, no llegó a experimentar el vértigo del peligro ni el desaliento de la fatalidad.

Los pueblos de la América Latina tienen en continente propio, una Pampa extensa y solitaria, a donde acuden los hombres laboriosos para sembrar la semilla del trabajo, en bien del progreso Universal.

En cambio la nación europea que engendró al «maximalismo», tiene anexada una Siberia de infinita desolación, a donde envía como reses de frigorífico, la estructura humana de todos los ciudadanos que cometieran el delito de reclamar con altivez la libertad de sus derechos.

El peso de estas razones sirve para confirmar la diferencia grande que existe entre ambas latitudes.

Y al recuerdo de las maravillosas teorías filosóficas de los grandes sociólogos modernos, al eco de los himnos que levanta el proletario, cuando el rojo pendón pasa triunfante, como significando que necesita sangre para conservar su tinte; al rumor de los aplausos que la multitud tributa, cuando el tribuno enfático culmina sus arengas con la violencia enardecedora de una caída metáfora, entonces se levanta como colosal estatua de grandeza, el sublime ideal de las conciencias oprimidas y esclavas, delirantes y mudas, como una enorme montaña que interrogando al espacio se elevara en el medio de un desierto.